



LA HORA

DEL

LOBO GRIS

MANUEL HURTADO

MANUEL HURTADO MARJALIZO

MANUEL HURTADO MARJALIZO

A Carmen, por su paciencia y ayuda. En memoria de mi hermano Antonio, cuyo vacío jamás desaparecerá, por haber despertado en mí el interés por la historia.

Primera edición: mayo, 2010

©2010, Manuel Hurtado Marjalizo

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier otro medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo.

ISBN: 978-84-614-1206-8

Francesc Gonzalez idees gràfiques i digitals Depósito legal: B-00.000-2011
Impreso en España – Printed in Spain

1

Munich, 9 de enero de 1994

Aquella tarde, Helmuth Güttec se dispuso a disfrutar de la sobremesa del domingo.

Con su bata y sus zapatillas de estar por casa se acomodó junto a la chimenea, dispuesto a saborear un café y una copa de brandy mientras leía los últimos artículos publicados en el semanario científico *History of the people*, que había recibido el jueves anterior, como cada semana, desde Londres.

En esta ocasión, además, el asunto tenía un interés especial porque, sin duda, encontraría las últimas novedades del congreso que estaba a punto de celebrarse en Colonia y que tantas controversias había creado en los cenáculos científicos.

El café humeante perfumaba el salón. Inspiró profundamente para sentir su olor y cerró los ojos para imaginarse por un instante que estaba en un país cafetero, allí donde lo tuestan para luego molerlo y extraer de su polvo su intenso sabor.

Estaba solo. Su mujer y sus dos hijos regresarían más tarde de la casa que tenían en el campo, cuando el día ya hubiese acabado.

Él lo prefería así, quedarse solo por unas horas antes del inicio de una nueva semana era el elixir de la felicidad y últimamente, más que nunca, necesitaba superar la amargura del presente. Para ello tenía que dejar su casa rural los domingos por la mañana, bien temprano y de ese modo aprovechar el día en la más deliciosa soledad, atareado entre las flores del jardín y sus libros.

La tarde languidecía. Miró a la purera que había en la estantería del salón y tomó un puro. No solía hacerlo, pero a veces le apetecía fumarse

10 MANUEL HURTADO MARJALIZO

uno de esos habanos. Únicamente estando solo podía dis-

frutar de su olor sin que nadie protestase.

Hizo girar el cigarro entre sus dedos para oír el suave chasquido de sus hojas curadas y se lo pasó por la nariz. Dio un sorbo al café y tomó la botella de brandy entre sus manos. Nunca había visto aquella marca, pero le pareció que era un buen licor. Hacía una semana que la había recibido en su despacho de la cátedra con una simple nota que decía: «Con nuestros mejores deseos. Comité Organizador del LXIII Congreso Internacional de Arqueología».

La abrió y se sirvió una copa. Entonces apuró el café y encendió el puro después de haber contorneado con una cerilla su borde.

La revista tenía un titular sugerente:

2

Todo listo para el Congreso.

A pesar de que habrá algunas ausencias, se cree que el certamen será un rotundo éxito de participación.

Helmuth esbozó una sonrisa invisible mientras pensaba cómo podía llegar a tergiversarse la realidad, aunque presentía que en pocos días todo habría acabado y que Heinrich regresaría de dondequiera que estuviese escondido.

El brandy olía a canela y a madera exótica, tal vez a madera de tamboti. Apuró un trago y esperó a percibir su sabor con toda su intensidad.

Entonces todo se desvaneció, instantáneamente todo terminó para siempre.

Cuando su mujer y sus dos hijos llegaron al filo de la medianoche encontraron su cadáver sentado en el sillón, con la colilla del puro sobre un cenicero y una copa derramada entre sus piernas.

El Cairo, 10 de agosto de 1938

La inquietud causada por la certeza de estar descifrando algo muy importante y el intenso bochorno del verano en Egipto habían afectado a la serenidad de Köerting.

Si bien al calor estaba acostumbrado, ya que era el tercer año que pasaba casi ininterrumpidamente en Oriente Medio, no podía disimular la ansiedad que le generaba el temor de haber descubierto más de lo debido, de saber más de lo necesario.

Frank Grauben ya lo había notado. Casi diez años junto al viejo profesor eran más que suficientes para llegar a conocer al detalle una personalidad tan metódica y parca en convencionalismos como la de Rudolf Köerting. Y sin embargo allí estaba, sentado en una tosca y calurosa silla de madera del vestíbulo, con la cabeza apoyada en los puños, esperando como el padre en la puerta del paritorio, con la mirada perdida en el pequeño rayo de luz procedente de la biblioteca donde el profesor, el gran profesor Köerting, pa-

recía haber perdido la noción del tiempo y el ánimo de la comunicación.

Grauben sabía que no podía hacer nada para acabar con esa desagradable situación más que, como estaba haciendo desde hacía semanas, esperar. Mientras tanto no paraba de buscar alguna señal que le ayudase a comprender lo que estaba ocurriendo. Para ello, pasaba los días tratando de ordenar en su cabeza todo lo sucedido en los últimos tiempos. Apartado y solitario como un huérfano, rastreando la desaparecida senda de migas de pan con el propósito de descifrar qué pudo ser lo que provocó el desasosiego del viejo, su inagotable ansia de trabajo y el hermetismo sepulcral con todo su entorno, incluido su más estrecho colaborador.

Frank Grauben era aún joven, apenas treinta años, sorprendentemente joven para la experiencia que ya había conseguido atesorar. Alto, rubio, con pómulos muy pronunciados y cuello y brazos fuertes, su expresión era algo desapacible, tal vez demasiado fría y seca, con esa peculiar brusquedad teutona que les caracteriza. El cabello muy corto y peinado hacia atrás dejaba paso a una ancha frente de la que ahora brotaban unas gotas de sudor. Su nariz, menuda, soportaba unas pequeñas gafas redondeadas que daban a sus ojos azules un tamaño mayor del que en realidad tenían. Parado y en silencio se mostraba pétreo, inanimado, insensible a lo que ocurría a su alrededor.

Apasionado y brillante estudiante de arqueología, cuando acabó sus estudios en la Universidad de Munich, hacía ocho años, no dudó ni un solo instante en embarcarse en la expedición que estaba preparando el prestigioso profesor Köerting, del que no se había separado desde entonces.

Su vida estaba junto al viejo maestro. Para ello había debido renunciar, aunque sin ningún esfuerzo, a una forma de vida estable y ordenada.

Nadie en su familia se había opuesto abiertamente a su deseo de seguir al veterano institutor por dondequiera que fuera, aunque hubiesen preferido verlo bien trajeado en las aulas de la universidad y disfrutando de los placeres de vivir

en una gran ciudad. Pero él lo tuvo muy claro desde el momento en que sus pasos se cruzaron con los de su preceptor.

Fue en 1929, durante el penúltimo curso de la licenciatura, cuando halló su auténtica vocación, encontrando en la criptografía antigua un nuevo mundo hasta entonces desconocido, un universo apasionante y lleno de grandes misterios por desvelar.

En aquella época, Rudolf Köerting era el catedrático que impartía esta materia en la Universidad de Munich, y a sus casi sesenta años acababa de finalizar su primera gran expedición arqueológica al lago Titicaca de Perú, en la que había empleado cuatro largos veranos de trabajos infernales. Aún recordaba la primera imagen que tuvo de él. El primer día le pareció de salud quebradiza e incapaz de finalizar sano el curso, pero luego supo que en aquel campamento había tenido que hacer frente a enfermedades mortales de las que pudo escapar milagrosamente.

Con el paso de los días, el profesor fue recuperando poco a poco las fuerzas y comenzó a encandilar a los alumnos con su forma magistral de ejercer la docencia y esa mágica habilidad de interesar a quien le escuchaba por el lado oculto de culturas antiguas a través de sus rudimentarias escrituras.

—Mensaih, ya sabe que hoy nos gustaría irnos un poco antes —le dijo un soldado egipcio en un inglés deficiente. Hoy se celebra la fiesta de *Abu Haggag*.

—No se preocupe, cumpliré lo que le dije —respondió Grauben desganado.

El soldado se retiró entre incrédulo y agradecido y el alemán volvió la vista al catedrático, que seguía inquieto revolviendo los papeles.

Grauben seguía sin comprender qué estaba pasando. Herr Köerting era un reputado catedrático, y un veterano arqueólogo. Sus trabajos de campo adquirieron popularidad desde que en 1925 inició su primera misión en Perú, que fue financiada por la Universidad de Munich, y que tuvo co-

mo objetivo investigar los modos de vida del pueblo inca y muy especialmente su legado criptográfico.

La expedición, que estuvo castigada por las inclemencias del tiempo y la salubridad de las condiciones ambientales, pudo acabar con éxito gracias a la obstinación del catedrático. Fueron veranos de temperaturas extremas y calamidades de todo tipo. Para rematar, en los últimos meses hubo brotes de tifus y cólera que complicaron enormemente la empresa.

A pesar de todo, el trabajo fue un rotundo éxito científico, ya que Köerting afirmó averiguar, y hasta descifrar, una forma de escritura inca, diferente a los únicos jeroglíficos hasta entonces conocidos. Este hallazgo, después de más de un siglo de indagación, suponía un giro diametral en el conocimiento de las culturas precolombinas. Todas las teorías existentes hasta entonces habían tratado de justificar la falta de progreso de estos pueblos debido a la ausencia de herramientas capaces de transmitir el conocimiento de generación en generación. El hecho de que existiese una cultura escrita derrumbaba los tratados de algunos de los más prestigiosos arqueólogos de la época.

El descubrimiento levantó algunas ampollas. Especialmente vehemente fue la postura del profesor Karl Struiben, compatriota suyo y catedrático de la Universidad de Berlín, que había alcanzado una notable popularidad con una flamante teoría que venía a decir que los pueblos eran esclavos de sus propias limitaciones intelectuales y que, por tanto, el progreso sólo estaba al alcance de los pueblos elegidos. Por supuesto que el pueblo ario era para Struiben un pueblo escogido, y los pueblos indígenas de América eran, entre otros muchos, parte de esa subespecie humana nacida para servir y glorificar al gran pueblo teutón.

Años más tarde, las teorías de Struiben y las de tantos otros enloquecidos por la depresión en la que se encontraba sumida Alemania fueron el semen de la corriente nazi que tanto dolor dejó a su paso.

Köerting, por su parte, haciendo uso de su conocida testarudez, insistió en la consistencia de su teoría y desafió

a cuantos le rodeaban. Para ello, se empeñó en encontrar una enorme estatua de oro macizo de Huiracocha, héroe mitológico inca, de cuya existencia había sabido gracias a la transcripción de los textos descifrados. Lamentablemente para él, esta estatua no fue nunca encontrada y su hallazgo quedó siempre en entredicho.

Lo cierto es que este asunto suscitó el interés de algunos periódicos alemanes de la época, que llegaron a popularizarlo por su tesón y su tozudez.

En 1931, el profesor consiguió convencer a su universidad para que financiase una segunda expedición a Perú con la lejana esperanza de poder averiguar el significado de gran cantidad de marcas supuestamente caligráficas. Aquélla fue la primera experiencia profesional de Frank, que acababa de finalizar sus estudios de arqueología y estaba cautivado por la personalidad de Rudolf Köerting. El catedrático quería demostrar una vez más que el pueblo inca había conseguido plasmar sus ideas en una forma primitiva de escritura.

El resultado de esta segunda expedición fue, en realidad, un fracaso.

Cuando regresó de Perú, en febrero de 1934, se incorporó de nuevo a la docencia, aunque, de manera casi inmediata, advirtió que ya nada era igual. El país se había transformado por la política, el partido nacionalsocialista había tomado el poder hacía poco más de un año y Adolf Hitler era el nuevo canciller.

Köerting era judío y eso le convertía en estigmatizado, en intruso en su propia patria. Al principio únicamente notó falta de respeto y de entusiasmo, pero las hienas no querían esperar y empezaron a preparar la carroña. En un mundo desigual, la envidia se convierte fácilmente en desprecio y abuso y el profesor poseía una popularidad incómoda para algunos. Pronto empezaron a aparecer amenazas anónimas exigiéndole que dejara la docencia, ridiculizando sus teorías e invitándole a salir de su país.

Entonces vino la huida. Apenas tres meses después de su llegada, acosado por la intolerancia y tras ser agredido en

plena calle, Köerting tuvo que abandonar Alemania para instalarse en Varsovia, donde la Universidad de Historia y Arte le había ofrecido la cátedra de Arqueología Aplicada. En esta ocasión, como en todas las anteriores, el joven Frank no dudó en seguirle.

Siendo catedrático en Polonia, el profesor judío tuvo una oportunidad que no quiso desaprovechar. Le ofrecieron dirigir una expedición en Turquía dentro del campo de investigación donde él era un erudito: las antiguas escrituras. Se trataba de un proyecto otorgado a la Universidad de Varsovia y financiado por la International Society of Archaeology que no dudó ni un instante en aceptar. Además de permitirle cumplir el viejo sueño de estudiar al pueblo que inventó la magia de la comunicación escrita, podría alejarse por un tiempo de la densa atmósfera de enfrentamiento e intransigencia que se respiraba en la vieja Europa.

Desde mayo de 1935, Rudolf Köerting capitaneaba una numerosa expedición que quedó asentada en Boghazköy, a unos 120 kilómetros al este de Ankara, en pleno corazón del antiguo Imperio hitita, inventor de la escritura.

Hacía, pues, tres años que dirigía aquella gran aventura arqueológica en Oriente Medio, tres años de trabajos intensos entre la aridez del campamento en las mesetas de Anatolia y el Museo de Arte Hitita de Ankara, donde había obtenido un permiso especial del gobierno turco para la investigación de sus archivos.

Justo hacía dos meses cuando Köerting decidió repentinamente marcharse de Turquía, ordenando a su edecán que paralizase todos los trabajos de campo que se estaban desarrollando y organizase rápidamente el viaje a El Cairo.

Y eso era, sin duda, mucho más extraño de lo que pudiera parecer...

En sus largas tardes de soledad, Frank no paraba de darle vueltas a la cabeza intentando deducir qué les había llevado a El Cairo. ¿Por qué a El Cairo cuando el Imperio hitita jamás llegó a dominar aquellas tierras?

Abandonó su reflexión para secarse con un pañuelo el sudor de la frente. Se levantó de aquella incómoda silla y

se acercó a la puerta entreabierta que comunicaba la sala con la biblioteca. Al andar, notó cómo se le pegaban los pantalones a las piernas, empapados por un sudor escurridizo. La atmósfera al otro lado de la puerta se le figuró tórrida e irrespirable.

Era la biblioteca del Archivo General de Historia Antigua de El Cairo. La entrada principal estaba flanqueada por dos policías armados que custodiaban los valiosos tesoros que allí se guardaban.

Frank se quedó mirándolos. Después de mucho tiempo de haber compartido con ellos largas sesiones de silencio y desprecio mutuo detectó en sus ojos de azabache una sonrisa lacónica de burla. Se imaginó lo extravagantes que debían parecerles a aquellos anónimos funcionarios dos extranjeros autistas que mataban los días infernales, uno en buscar y rebuscar sin abrir la boca y otro en atisbar al primero desde lejos y en silencio. Y encima en un día festivo.

Grauben deambulaba como un felino. Al fondo del gran salón de recepción, protegida por una robusta cámara de vidrio blindado, se encontraba la piedra de Rosetta, la extraordinaria roca grabada de inscripciones y descubierta por los soldados de Bonaparte cuando levantaban unas trincheras en el delta del Nilo para construir un baluarte defensivo durante la batalla de Abukir. Aquella losa, constituida por catorce líneas de jeroglíficos egipcios, treinta y dos de signos demóticos y cincuenta y cuatro en lengua griega, sirvió para saber que, en realidad, se trataba de un solo e idéntico texto oficial redactado en tres lenguas. Este gran hallazgo constituyó la prueba necesaria de que los jeroglíficos egipcios eran un auténtico alfabeto, hasta entonces indescifrable y fue, por tanto, la base que sirvió de inicio a todos los estudios que posteriormente crearon la egiptología científica.

A la derecha de la piedra, en un rincón, estaba el busto en bronce de Jean François Champollion, el padre de la egiptología, el sabio francés que desveló en 1822 el verdadero significado de la roca. Erguido, con el gesto henchido de satisfacción y ese austero placer que produce sentirse

fuentes de conocimiento, Champollion parecía estar más vivo que el propio Grauben. Para él, el científico francés había sido durante años un ídolo insustituible a partir del cual el mundo empezó a tomarse en serio el legado de nuestros antepasados y su forma de vida.

La biblioteca propiamente dicha era una suntuosa sala de techos altos, abovedados y magníficamente decorados con frescos de la época colonial inglesa, que evocaba el lugar de un antiguo museo o quizás la residencia de algún alto mandatario británico. Tres de las cuatro paredes estaban densamente repletas de estanterías de madera maciza finamente trabajada en sus remates con molduras talladas, florones y frisos o artesonados con aire barroco, dispuestas en tres pisos a los que se accedía a través de sendas escaleras de caracol situadas en los extremos y unidas por tres pasarelas de acceso. Dentro de ellas, una infinidad de rollos de papiros y tablillas de arcilla con grabados junto a humidificadores especiales que limpiaban la atmósfera que les rodeaba para protegerlos del inexorable transcurrir de los tiempos y numerosos libros incunables, escritos por doctores de otra época, donde la paciencia y el buen hacer constituían la esencia misma de la vida. Finalmente, un inmenso plantel de materiales variados ocupaba los lugares más desprotegidos e inaccesibles, objetos misteriosos con modos de escritura complejos y a veces confusos, piedras cinceladas, trozos de armas ignotas, vestigios de origen incierto que, incluso, podían no ser de la época de la civilización del antiguo Egipto, enigmas y secretos celosamente guardados durante miles de años.

Una luz aterciopelada bañaba las estanterías reflejando rayos cobrizos que simulaban una máscara inexpugnable, un escudo vaporoso que protegía cuanto allí se guardaba.

La cuarta pared de la sala era, en realidad, una gran cristalera luminosa y transparente, fuente generosa de luz, que se asomaba dos plantas sobre el suelo a un patio interior plagado de palmeras altas y robustas.

En el centro, distribuidas a lo largo de la estancia, había algunas mesas de madera largas y viejas provistas de lám-

para individuales para la lectura y, sentado junto a una de ellas, el profesor Köerting leía encorvado, aislado por un líquido amniótico del mundo exterior, como un feto que no quiere nacer y se mantiene voluntariamente unido a su cordón umbilical, ajeno al tremendo sopor del atardecer.

Grauben lo veía ahora más alejado que nunca. Por un instante creyó soñar que en realidad no lo conocía, que se trataba de un extraño al que jamás había visto y al que absolutamente nada le unía. Su imagen se difuminó fugazmente en sus retinas como una alucinación, como trazos pertenecientes a un mundo onírico e irreal.

Verdaderamente, más que defraudado por la actitud de su tutor lo estaba por la suya propia, por esa postura pasiva y conformista que había adoptado, por esa falta de garra para plantarse frente él y decirle que aquélla no podía ser la manera de trabajar con un fiel colaborador, por esa sensación de inutilidad que le hacía insoportable su existencia.

Qué era lo que estaba sucediendo constituía, sin duda, un enigma para Grauben. Por qué pasaba el viejo los días enteros inmerso en tablillas, papiros y óstrakas en aquella biblioteca, y alguna que otra tarde en solitaria meditación deambulando por los jardines del archivo no tenía para él una explicación evidente.

Nunca, ni una sola vez en los últimos ocho años, el profesor había adoptado una postura similar, nunca había prescindido de su inseparable mariscal de campo, nunca le había pedido, como lo hizo dos meses atrás, que durante un tiempo le dejara trabajar a solas.

Aquella tarde de agosto de 1938, Grauben seguía recapitulando la serie de hechos que le habían llevado hasta esa biblioteca. Algún enigma inesperado se había cruzado en sus vidas, algo que probablemente nada tendría que ver con la esencia misma de sus investigaciones.

Todo lo que rodeaba al Imperio heteo le resultaba ahora más raro; su misteriosa desaparición hacía más de treinta siglos, la incomprensible falta de vestigios de un pueblo cuya importancia era comparable a Egipto o Babilonia, el desconocimiento incluso de su propia existencia hasta que, a

principios de siglo, fueron encontradas las primeras ruinas por arqueólogos también alemanes... Era como si una despiadada maldición hubiese aniquilado todo su esplendor.

Una sensación de cosquilleo en el estómago hizo que Grauben regresara a la cruda realidad. Köerting seguía allí sentado, lejano y movedizo, como si algo le inquietase. Haciendo un gesto con la mano y sin levantar la cabeza, había rechazado por segunda vez el té que le ofrecía un sirviente. Ante él tenía papiros y óstrakas de alguna antigua dinastía egipcia y un bloc de notas donde seguramente tenía apuntadas sus propias transcripciones de la simbología egipcia.

Köerting era pequeño, enjuto, conservaba un destello en la mirada que alumbraba sus palabras y tenía una barba recortada y blanca que se atusaba continuamente de manera inconsciente. Su presencia infundía sosiego, tal vez por ese aspecto de fuente de cultura que poseía.

Mientras con una mano acariciaba suavemente su barba, con la otra sostenía una gran lupa que acercaba a los jeroglíficos.

Algo llamó su atención, algún detalle desactivó su estado de ansiedad, que petrificó sus músculos.

Transcurridos unos minutos de absoluta inmovilidad, el profesor levantó lentamente la vista, la clavó en un punto perdido y, con un movimiento irreflexivo, soltó la lupa sobre un ostracón.

Grauben se percató del insólito ademán, lo que le hizo acercarse hacia el viejo, sigiloso, conteniendo la respiración y hambriento de amistad. El profesor, sin mirarlo, lo había visto.

—Frank —dijo sin mover la cabeza, absorto en su pensamiento. —Sí, profesor.

—Frank ¿qué es para ti la luz?

—¿Cómo? —respondió el joven creyendo no haber entendido.

—Sí —insistió—. ¿Qué significado tiene la luz?, ¿a qué la asocias?, ¿con qué idea se te ocurre relacionarla?

El discípulo se tomó unos segundos para comprobar que la situación que estaba viviendo era real, y algunos más para